# Clase 17

# Jesús como propuesta sanadora y de verdad.

De este modo podemos comprender finalmente a Jesús como el personaje importante que siempre ha sido para la historia de la humanidad, una persona que divide la historia humana antes y después de él. Una persona que se nos presenta como camino, verdad y vida de nuestra existencia.

En definitiva, Jesús por medio de sus milagros nos recalca en sus propias palabras, *yo soy el pan de vida, quién bebe de mí jamás tendrá sed.*Él es alimento para quien lo busca, quien desea recibir una experiencia sanadora.

Por medio de los milagros, Jesús facilita su identidad como Mesías; adjudicando las profecías veterotestamentarias que la cultura judía y farisea muy bien conocían. En él se cumplen dichas profecías y por ello se comprende como propuesta de verdad para el pueblo judío.

Espero que este corto escrito te permita activar toda tu creatividad para mostrar a los niños y jóvenes un Jesús que no solo hace milagros por hacerlos, sino que encuentra una razón en los más necesitados de Él y de la sociedad. Que tus catequesis te permitan mostrar los maravillosos milagros de vida, salud, exorcismo y resurrección que realiza Dios a lo largo de toda nuestra vida, y que despiertes los ojos de fe de quienes el Señor te ha encomendado para que ellos(as) vean las obras de Dios en su vida cotidiana.

Dejo aquí las referencias utilizadas para la elaboración de este texto, pero también te remito a algunos textos no mencionados aquí, para que sigas cultivándote en la sabiduría y ejercicio de ser un catequista pertinente para nuestra iglesia en los tiempos actuales.

**IV El misterio Pascual**

El Misterio Pascual de la cruz y de la resurrección de Cristo está en el centro de la Buena Nueva que los Apóstoles, y la Iglesia a continuación de ellos, deben anunciar al mundo. El designio salvador de Dios se ha cumplido de "una vez por todas" (*Hb* 9, 26) por la muerte redentora de su Hijo Jesucristo.

1. **Jesús fue crucuficado en tiempos de Poncio pilato**

**JESÚS MURIÓ CRUCIFICADO**

**El proceso de Jesús**

**Divisiones de las autoridades judías respecto a Jesús**

 Entre las autoridades religiosas de Jerusalén, no solamente el fariseo Nicodemo (cf. *Jn* 7, 50) o el notable José de Arimatea eran en secreto discípulos de Jesús (cf. *Jn* 19, 38-39), sino que durante mucho tiempo hubo disensiones a propósito de Él (cf. *Jn* 9, 16-17; 10, 19-21) hasta el punto de que en la misma víspera de su pasión, san Juan pudo decir de ellos que "un buen número creyó en él", aunque de una manera muy imperfecta (*Jn* 12, 42). Eso no tiene nada de extraño si se considera que al día siguiente de Pentecostés "multitud de sacerdotes iban aceptando la fe" (*Hch* 6, 7) y que "algunos de la secta de los fariseos ... habían abrazado la fe" (*Hch* 15, 5) hasta el punto de que Santiago puede decir a san Pablo que "miles y miles de judíos han abrazado la fe, y todos son celosos partidarios de la Ley" (*Hch* 21, 20).

 Las autoridades religiosas de Jerusalén no fueron unánimes en la conducta a seguir respecto de Jesús (cf. *Jn* 9, 16; 10, 19). Los fariseos amenazaron de excomunión a los que le siguieran (cf. *Jn* 9, 22). A los que temían que "todos creerían en él; y vendrían los romanos y destruirían nuestro Lugar Santo y nuestra nación" (*Jn* 11, 48), el sumo sacerdote Caifás les propuso profetizando: "Es mejor que muera uno solo por el pueblo y no que perezca toda la nación" (*Jn* 11, 49-50). El Sanedrín declaró a Jesús "reo de muerte" (*Mt* 26, 66) como blasfemo, pero, habiendo perdido el derecho a condenar a muerte a nadie (cf. *Jn* 18, 31), entregó a Jesús a los romanos acusándole de revuelta política (cf. *Lc* 23, 2) lo que le pondrá en paralelo con Barrabás acusado de "sedición" (*Lc* 23, 19). Son también las amenazas políticas las que los sumos sacerdotes ejercen sobre Pilato para que éste condene a muerte a Jesús (cf. *Jn* 19, 12. 15. 21).

**Los judíos no son responsables colectivamente de la muerte de Jesús**

Teniendo en cuenta la complejidad histórica manifestada en las narraciones evangélicas sobre el proceso de Jesús y sea cual sea el pecado personal de los protagonistas del proceso (Judas, el Sanedrín, Pilato), lo cual solo Dios conoce, no se puede atribuir la responsabilidad del proceso al conjunto de los judíos de Jerusalén, a pesar de los gritos de una muchedumbre manipulada (Cf. *Mc* 15, 11) y de las acusaciones colectivas contenidas en las exhortaciones a la conversión después de Pentecostés (cf. *Hch* 2, 23. 36; 3, 13-14; 4, 10; 5, 30; 7, 52; 10, 39; 13, 27-28; *1 Ts* 2, 14-15). El mismo Jesús perdonando en la Cruz (cf. *Lc* 23, 34) y Pedro siguiendo su ejemplo apelan a "la ignorancia" (*Hch* 3, 17) de los judíos de Jerusalén e incluso de sus jefes. Menos todavía se podría ampliar esta responsabilidad a los restantes judíos en el tiempo y en el espacio, apoyándose en el grito del pueblo: "¡Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!" (*Mt* 27, 25), que equivale a una fórmula de ratificación (cf. *Hch* 5, 28; 18, 6):

Tanto es así que la Iglesia ha declarado en el Concilio Vaticano II: «Lo que se perpetró en su pasión no puede ser imputado indistintamente a todos los judíos que vivían entonces ni a los judíos de hoy [...] No se ha de señalar a los judíos como reprobados por Dios y malditos como si tal cosa se dedujera de la sagrada Escritura» .

**Todos los pecadores fueron los autores de la Pasión de Cristo**

 La Iglesia, en el magisterio de su fe y en el testimonio de sus santos, no ha olvidado jamás que "los pecadores mismos fueron los autores y como los instrumentos de todas las penas que soportó el divino Redentor" (*Catecismo Romano*, 1, 5, 11; cf. *Hb* 12, 3). Teniendo en cuenta que nuestros pecados alcanzan a Cristo mismo (cf. *Mt* 25, 45; *Hch* 9, 4-5), la Iglesia no duda en imputar a los cristianos la responsabilidad más grave en el suplicio de Jesús, responsabilidad con la que ellos con demasiada frecuencia, han abrumado únicamente a los judíos:

«Debemos considerar como culpables de esta horrible falta a los que continúan recayendo en sus pecados. Ya que son nuestras malas acciones las que han hecho sufrir a Nuestro Señor Jesucristo el suplicio de la cruz, sin ninguna duda los que se sumergen en los desórdenes y en el mal "crucifican por su parte de nuevo al Hijo de Dios y le exponen a pública infamia" (*Hb* 6, 6). Y es necesario reconocer que nuestro crimen en este caso es mayor que el de los judíos. Porque según el testimonio del apóstol, "*de haberlo conocido ellos no habrían crucificado jamás al Señor de la Gloria"* (*1 Co* 2, 8). Nosotros, en cambio, hacemos profesión de conocerle. Y cuando renegamos de Él con nuestras acciones, ponemos de algún modo sobre Él nuestras manos criminales» (*Catecismo Romano*, 1, 5, 11).

«Y los demonios no son los que le han crucificado; eres tú quien con ellos lo has crucificado y lo sigues crucificando todavía, deleitándote en los vicios y en los pecados» (S. Francisco de Asís, *Admonitio*, 5, 3).

**La muerte redentora de Cristo en el designio divino de salvación**

 **"Jesús entregado según el preciso designio de Dios"**

La muerte violenta de Jesús no fue fruto del azar en una desgraciada constelación de circunstancias. Pertenece al misterio del designio de Dios, como lo explica san Pedro a los judíos de Jerusalén ya en su primer discurso de Pentecostés: "Fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios" (*Hch* 2, 23). Este lenguaje bíblico no significa que los que han "entregado a Jesús" (*Hch* 3, 13) fuesen solamente ejecutores pasivos de un drama escrito de antemano por Dios.

Para Dios todos los momentos del tiempo están presentes en su actualidad. Por tanto establece su designio eterno de "predestinación" incluyendo en él la respuesta libre de cada hombre a su gracia: "Sí, verdaderamente, se han reunido en esta ciudad contra tu santo siervo Jesús, que tú has ungido, Herodes y Poncio Pilato con las naciones gentiles y los pueblos de Israel (cf. *Sal* 2, 1-2), de tal suerte que ellos han cumplido todo lo que, en tu poder y tu sabiduría, habías predestinado" (*Hch* 4, 27-28). Dios ha permitido los actos nacidos de su ceguera (cf. *Mt* 26, 54; *Jn* 18, 36; 19, 11) para realizar su designio de salvación (cf. *Hch* 3, 17-18).

**"Muerto por nuestros pecados según las Escrituras"**

 Este designio divino de salvación a través de la muerte del "Siervo, el Justo" (*Is* 53, 11;cf. *Hch* 3, 14) había sido anunciado antes en la Escritura como un misterio de redención universal, es decir, de rescate que libera a los hombres de la esclavitud del pecado (cf. *Is* 53, 11-12; *Jn* 8, 34-36). San Pablo profesa en una confesión de fe que dice haber "recibido" (*1 Co* 15, 3) que "Cristo ha muerto por nuestros pecados *según las Escrituras"* (*ibíd.*: cf. también *Hch* 3, 18; 7, 52; 13, 29; 26, 22-23). La muerte redentora de Jesús cumple, en particular, la profecía del Siervo doliente (cf. *Is* 53, 7-8 y *Hch* 8, 32-35). Jesús mismo presentó el sentido de su vida y de su muerte a la luz del Siervo doliente (cf. *Mt* 20, 28). Después de su Resurrección dio esta interpretación de las Escrituras a los discípulos de Emaús (cf. *Lc* 24, 25-27), luego a los propios apóstoles (cf. *Lc* 24, 44-45).

**"Dios le hizo pecado por nosotros"**

En consecuencia, san Pedro pudo formular así la fe apostólica en el designio divino de salvación: "Habéis sido rescatados de la conducta necia heredada de vuestros padres, no con algo caduco, oro o plata, sino con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha y sin mancilla, Cristo, predestinado antes de la creación del mundo y manifestado en los últimos tiempos a causa de vosotros" (*1 P* 1, 18-20). Los pecados de los hombres, consecuencia del pecado original, están sancionados con la muerte (cf. *Rm* 5, 12; *1 Co* 15, 56). Al enviar a su propio Hijo en la condición de esclavo (cf. *Flp* 2, 7), la de una humanidad caída y destinada a la muerte a causa del pecado (cf. *Rm* 8, 3), "a quien no conoció pecado, Dios le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él" (*2 Co* 5, 21).

Jesús no conoció la reprobación como si él mismo hubiese pecado (cf. *Jn* 8, 46). Pero, en el amor redentor que le unía siempre al Padre (cf. *Jn* 8, 29), nos asumió desde el alejamiento con relación a Dios por nuestro pecado hasta el punto de poder decir en nuestro nombre en la cruz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (*Mc* 15, 34; *Sal* 22,2). Al haberle hecho así solidario con nosotros, pecadores, "Dios no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros" (*Rm* 8, 32) para que fuéramos "reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo" (*Rm* 5, 10).

**Dios tiene la iniciativa del amor redentor universal**

Al entregar a su Hijo por nuestros pecados, Dios manifiesta que su designio sobre nosotros es un designio de amor benevolente que precede a todo mérito por nuestra parte: "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados" (*1 Jn* 4, 10; cf. *Jn* 4, 19). "La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros" (*Rm* 5, 8).

Jesús ha recordado al final de la parábola de la oveja perdida que este amor es sin excepción: "De la misma manera, no es voluntad de vuestro Padre celestial que se pierda uno de estos pequeños" (*Mt* 18, 14). Afirma "dar su vida en rescate*por muchos*" (*Mt* 20, 28); este último término no es restrictivo: opone el conjunto de la humanidad a la única persona del Redentor que se entrega para salvarla (cf. *Rm* 5, 18-19). La Iglesia, siguiendo a los Apóstoles (cf. *2 Co* 5, 15; *1 Jn* 2, 2), enseña que Cristo ha muerto por todos los hombres sin excepción: "no hay, ni hubo ni habrá hombre alguno por quien no haya padecido Cristo" (Concilio de Quiercy, año 853: DS, 624).

 **Cristo se ofreció a su Padre por nuestros pecados**

**Toda la vida de Cristo es oblación al Padre**

 El Hijo de Dios "bajado del cielo no para hacer su voluntad sino la del Padre que le ha enviado" (*Jn* 6, 38), "al entrar en este mundo, dice: [...] He aquí que vengo [...] para hacer, oh Dios, tu voluntad [...] En virtud de esta voluntad somos santificados, merced a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo" (*Hb* 10, 5-10). Desde el primer instante de su Encarnación el Hijo acepta el designio divino de salvación en su misión redentora: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra" (*Jn* 4, 34). El sacrificio de Jesús "por los pecados del mundo entero" (*1 Jn* 2, 2), es la expresión de su comunión de amor con el Padre: "El Padre me ama porque doy mi vida" (*Jn* 10, 17). "El mundo ha de saber que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado" (*Jn* 14, 31).

 Este deseo de aceptar el designio de amor redentor de su Padre anima toda la vida de Jesús (cf. *Lc* 12,50; 22, 15; *Mt* 16, 21-23) porque su Pasión redentora es la razón de ser de su Encarnación: "¡Padre líbrame de esta hora! Pero ¡si he llegado a esta hora para esto!" (*Jn* 12, 27). "El cáliz que me ha dado el Padre ¿no lo voy a beber?" (*Jn* 18, 11). Y todavía en la cruz antes de que "todo esté cumplido" (*Jn* 19, 30), dice: "Tengo sed" (*Jn* 19, 28).

**"El cordero que quita el pecado del mundo"**

 Juan Bautista, después de haber aceptado bautizarle en compañía de los pecadores (cf. *Lc* 3, 21; *Mt* 3, 14-15), vio y señaló a Jesús como el "Cordero de Dios que quita los pecados del mundo" (*Jn* 1, 29; cf. *Jn* 1, 36). Manifestó así que Jesús es a la vez el Siervo doliente que se deja llevar en silencio al matadero (*Is* 53, 7; cf. *Jr* 11, 19) y carga con el pecado de las multitudes (cf. *Is* 53, 12) y el cordero pascual símbolo de la redención de Israel cuando celebró la primera Pascua (*Ex* 12, 3-14; cf. *Jn* 19, 36; *1 Co* 5, 7). Toda la vida de Cristo expresa su misión: "Servir y dar su vida en rescate por muchos" (*Mc* 10, 45).

**Jesús acepta libremente el amor redentor del Padre**

 Jesús, al aceptar en su corazón humano el amor del Padre hacia los hombres, "los amó hasta el extremo" (*Jn* 13, 1) porque "nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos" (*Jn* 15, 13). Tanto en el sufrimiento como en la muerte, su humanidad se hizo el instrumento libre y perfecto de su amor divino que quiere la salvación de los hombres (cf. *Hb* 2, 10. 17-18; 4, 15; 5, 7-9). En efecto, aceptó libremente su pasión y su muerte por amor a su Padre y a los hombres que el Padre quiere salvar: "Nadie me quita [la vida]; yo la doy voluntariamente" (*Jn* 10, 18). De aquí la soberana libertad del Hijo de Dios cuando Él mismo se encamina hacia la muerte (cf. *Jn* 18, 4-6; *Mt* 26, 53).

**Jesús anticipó en la cena la ofrenda libre de su vida**

 Jesús expresó de forma suprema la ofrenda libre de sí mismo en la cena tomada con los doce Apóstoles (cf *Mt* 26, 20), en "la noche en que fue entregado" (*1 Co* 11, 23). En la víspera de su Pasión, estando todavía libre, Jesús hizo de esta última Cena con sus Apóstoles el memorial de su ofrenda voluntaria al Padre (cf. *1 Co* 5, 7), por la salvación de los hombres: "Este es mi Cuerpo que va a *ser entregado* por vosotros" (*Lc* 22, 19). "Esta es mi sangre de la Alianza que va a *ser derramada* por muchos para remisión de los pecados" (*Mt* 26, 28).

La Eucaristía que instituyó en este momento será el "memorial" (*1 Co* 11, 25) de su sacrificio. Jesús incluye a los Apóstoles en su propia ofrenda y les manda perpetuarla (cf. *Lc* 22, 19). Así Jesús instituye a sus apóstoles sacerdotes de la Nueva Alianza: "Por ellos me consagro a mí mismo para que ellos sean también consagrados en la verdad" (*Jn* 17, 19; cf. Concilio de Trento: DS, 1752; 1764).

**La agonía de Getsemaní**

El cáliz de la Nueva Alianza que Jesús anticipó en la Cena al ofrecerse a sí mismo (cf. *Lc* 22, 20), lo acepta a continuación de manos del Padre en su agonía de Getsemaní (cf. *Mt* 26, 42) haciéndose "obediente hasta la muerte" (*Flp* 2, 8; cf. *Hb* 5, 7-8). Jesús ora: "Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz..." (*Mt* 26, 39). Expresa así el horror que representa la muerte para su naturaleza humana. Esta, en efecto, como la nuestra, está destinada a la vida eterna; además, a diferencia de la nuestra, está perfectamente exenta de pecado (cf. *Hb* 4, 15) que es la causa de la muerte (cf. *Rm* 5, 12); pero sobre todo está asumida por la persona divina del "Príncipe de la Vida" (*Hch* 3, 15), de "el que vive", *Viventis assumpta* (*Ap* 1, 18; cf. *Jn* 1, 4; 5, 26). Al aceptar en su voluntad humana que se haga la voluntad del Padre (cf. *Mt* 26, 42), acepta su muerte como redentora para "llevar nuestras faltas en su cuerpo sobre el madero" (*1 P* 2, 24).

**La muerte de Cristo es el sacrificio único y definitivo**

 La muerte de Cristo es a la vez el *sacrificio* pascual que lleva a cabo la redención definitiva de los hombres (cf. *1 Co* 5, 7; *Jn* 8, 34-36) por medio del "Cordero que quita el pecado del mundo" (*Jn* 1, 29; cf. *1 P* 1, 19) y el *sacrificio de la Nueva Alianza* (cf. *1 Co* 11, 25) que devuelve al hombre a la comunión con Dios (cf. *Ex* 24, 8) reconciliándole con Él por "la sangre derramada por muchos para remisión de los pecados" (*Mt* 26, 28; cf. *Lv* 16, 15-16).

Este sacrificio de Cristo es único, da plenitud y sobrepasa a todos los sacrificios (cf. *Hb* 10, 10). Ante todo es un don del mismo Dios Padre: es el Padre quien entrega al Hijo para reconciliarnos consigo (cf. *1 Jn* 4, 10). Al mismo tiempo es ofrenda del Hijo de Dios hecho hombre que, libremente y por amor (cf. *Jn* 15, 13), ofrece su vida (cf. *Jn* 10, 17-18) a su Padre por medio del Espíritu Santo (cf. *Hb* 9, 14), para reparar nuestra desobediencia.

**Jesús reemplaza nuestra desobediencia por su obediencia**

**6**"Como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos" (*Rm* 5, 19). Por su obediencia hasta la muerte, Jesús llevó a cabo la sustitución del Siervo doliente que "se dio a sí mismo en *expiación*", "cuando llevó el pecado de muchos", a quienes "justificará y cuyas culpas soportará" (*Is* 53, 10-12). Jesús repara por nuestras faltas y satisface al Padre por nuestros pecados (cf. Concilio de Trento: DS, 1529).

**En la cruz, Jesús consuma su sacrificio**

El "amor hasta el extremo"(*Jn* 13, 1) es el que confiere su valor de redención y de reparación, de expiación y de satisfacción al sacrificio de Cristo. Nos ha conocido y amado a todos en la ofrenda de su vida (cf. *Ga* 2, 20; *Ef* 5, 2. 25). "El amor [...] de Cristo nos apremia al pensar que, si uno murió por todos, todos por tanto murieron" (*2 Co* 5, 14). Ningún hombre aunque fuese el más santo estaba en condiciones de tomar sobre sí los pecados de todos los hombres y ofrecerse en sacrificio por todos. La existencia en Cristo de la persona divina del Hijo, que al mismo tiempo sobrepasa y abraza a todas las personas humanas, y que le constituye Cabeza de toda la humanidad, hace posible su sacrificio redentor por todos.

*Sua sanctissima passione in ligno crucis nobis justificationem meruit* ("Por su sacratísima pasión en el madero de la cruz nos mereció la justificación"), enseña el Concilio de Trento (DS, 1529) subrayando el carácter único del sacrificio de Cristo como "causa de salvación eterna" (*Hb* 5, 9). Y la Iglesia venera la Cruz cantando: *O crux, ave, spes unica* ("Salve, oh cruz, única esperanza"; Añadidura litúrgica al himno "Vexilla Regis": *Liturgia de las Horas*).

**Nuestra participación en el sacrificio de Cristo**

 La Cruz es el único sacrificio de Cristo "único mediador entre Dios y los hombres" (*1 Tm* 2, 5). Pero, porque en su Persona divina encarnada, "se ha unido en cierto modo con todo hombre"

Él "ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de Dios sólo conocida [...] se asocien a este misterio pascual" . Él llama a sus discípulos a "tomar su cruz y a seguirle" (*Mt* 16, 24) porque Él "sufrió por nosotros dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas" (*1 P* 2, 21). Él quiere, en efecto, asociar a su sacrificio redentor a aquellos mismos que son sus primeros beneficiarios (cf. *Mc* 10, 39; *Jn* 21, 18-19; *Col* 1, 24). Eso lo realiza en forma excelsa en su Madre, asociada más íntimamente que nadie al misterio de su sufrimiento redentor (cf. *Lc* 2, 35)